

Sus ojos centellantes
 más susto imprimen que en oscuro cielo
 cometas rutilantes,
 nuncios infaustos de terror y duelo.
 Agita su cabeza furibundo
 de silbadoras víboras crinada,
 que en roscas mil se encogen y repliegan,
 y queda envuelto el anchuroso mundo
 en una noche lúgubre y nublada,
 cuando sus negras alas se desplegan.
 Tres pasos, vomitando viva lumbre,
 da de Sión al Etna cavernoso,
 y por la abierta cumbre
 baja en torcido vuelo al reino umbroso;
 y en su trono sentado,
 con voz honditonante,
 como el trueno del rayo fulminante,
 manda juntar el infernal senado.

Oh musa divinal, tú que comprendes,
 en un instante solo,
 cuando tu vista abrazadora tiendes,
 cuanto pasa del uno al otro polo:
 ¿quiénes los principales
 espíritus se hallaron congregados
 á contrastar osados
 de Jehová los designios eternos?

Belzebuth fué el primero
 que la diestra ocupó de Satán fiero.
 El coloso de Rodas afamado,
 cuya enorme figura
 setenta codos numeró de altura,
 nada fuera á su lado:
 ¡tanto es disforme su hórrida estatura!
 Los ángeles rebeldes le miraban
 como á uno de sus príncipes mayores:

los de Accaron sin seso le adoraban,
 tributándole inciensos y loores.
 Al trono de Satán con orgullosos
 pasos se acerca, dobla la rodilla;
 y al sentarse en su silla
 retiemblan los abismos tenebrosos.

Sigue en orden Moloc, cuyo santuario
 de víctimas humanas
 sembraba el amonita sanguinario,
 sofocando cruel sus quejas vanas
 con tímpanos y pífanos tañidos
 en medio de sus ayes doloridos.
 Este monstruo fatal, de sangre hebrea
 hartado, anduvo errante
 en regiones diversas y apartadas:
 el fanatismo emplea
 su astucia vil, trayéndolo triunfante
 de Anáhuac á las tierras desdichadas;
 Huitzilopochtli le llamó al tirano,
 y lo hizo dios del ciego mexicano.

Camos, deidad lasciva del moabita,
 y de Sidón la inverecunda Astarte
 tras el cruento Moloc vienen ligeros:
 los tres del sabio rey israelita
 en la impia adoración tuvieron parte,
 y eran inseparables compañeros.

Después sigue Dagón, monstruo biforme,
 del filisteo insensato venerado,
 aun cuando mutilado
 lo dejara é informe
 el Señor de Israel, y castigara
 de este modo su intento temerario
 de usurparle el santuario,
 y á la suya acercar su inmunda ara.

Baal, dios de Moab, Fenicia, Asiria,
de Judea y Samaria:
Belial sin ley ni freno;
Remmon, numen de Siria,
y otra turba de dioses adversaria
de la cruz del ungido Nazareno,
cuyos nombres rehusa
memorar la sagrada pía Musa,
vienen del angel fiero á la llamada
con frenética furia desusada.

Satán el negro labio así despliega
cuando el tartáreo bando se congrega:
«Dioses, Príncipes, Angeles, Querubes
¿cederemos por fin en la atroz guerra
jurada al hombre? ¿Al polvo de la tierra
nosotros que nacimos en las nubes
esclavos serviremos,
y el imperio del orbe perderemos?
El mortal se prefiere
al inmortal. ¡Ay triste!
¡quién la carne tuviera que reviste!
¡ay! quién muriera como el hombre muere!
el hombre! . . . voz fatal, voz que resuena
en mi oído cual rayo retumbante
por la mano triunfante
de Miguel despedido, y la cadena
me recuerda incesante
que á la cerviz atada
nos impuso Jehová con mano airada:
Jehová, que á par de nuestro horrible encono
á la humanal natura,
raudales de ventura
la envía sin cesar de su alto trono.
¿Qué fué nuestro pecado
junto á su ingratitud negra y horrenda?
¡Ay! su ira tremenda

en nosotros descarga á toda hora,
y al hombre ha reservado
la piedad infinita que atesora.
Abierto el dique está de sus enojos
para los querubines:
mas su bondad para él no tiene fines;
lo ama como á las niñas de sus ojos.
Después de su caída le consuela;
habla con él; con él perenne habita;
y por su bien continuamente vela.
Por una que se irrita,
cien veces se contenta: le predice
por sus vates su alianza;
y todo cuanto dice
con milagros sin número le afianza
¿Mas cómo referir aquí prolijo
de su clemencia la inefable historia?
Puso término, en fin, á su esperanza;
y humanado le envió su Eterno Hijo,
entre himnos mil y cánticos de gloria.
El Verbo, de su Padre la ternura
igual. Aquí doctrina
á un ignorante pueblo: allí convence
la Sinagoga: acá piadoso cura:
fuerza al túmulo allá su voz divina
á que produzca vida: al hambre vence,
que á millares de gentes aquejara,
con pan que apenas para dos bastara:
á un número escogido
de discípulos traza el fiel modelo
de la moderna ley que ha establecido;
ley de piedad, de gracia y de consuelo
¿Qué más? Su vida ofrece,
y sufre los tormentos que merece
el hombre ingrato, duro,
á su voz sordo y á su fe perjuro:
y de su amor en prueba,

y en prenda de la alianza que renueva,
aunque torna otra vez á la morada
del cielo fortunada,
velada en accidentes,
para salud y vianda de las gentes,
deja su misma sangre que vertieron,
su cuerpo mismo que despedazaron,
su sangre en que inhumanos se tiñeron,
su cuerpo que feroces inmolaron.
Para llegar al ángel sólo un grado
faltaba al hombre: todo cuanto encierra
la inmensurable tierra,
la fiera, el bruto, el ave, el pez alado
fué rendido á sus pies: vedlo ensalzado
ya sobre el querubín: vedlo fulgente
en la sagrada mesa; y de la eterna
sustancia alimentado, reverente
ved como ante él el cielo se prosterna . . .
Pero ¡qué digo el cielo, si el abismo
también le adorará . . . ! también yo mismo . . . !
Ved luego cuál levanta
hasta el empíreo el vuelo, y á la estrella,
y á la luna, y al sol su planta huella,
y la faz del Señor ve sacrosanta:
la faz ¡ay! para nos siempre negada;
siempre de enojo y de furor velada.
¡A tal grado se eleva, á tal altura
del polvo terrenal la endeble hechura!
¿Y será que Satán le incline el cuello?
¿Será que sus legiones
reciban, abatiendo sus pendones,
de esclavitud el ominoso sello?
No, que ya la enconosa
rabia que me devora
os incita también, y la ardorosa
pasión de combatir no se minora
en vosotros: sois dioses, sois guerreros

como yo; sólo el rango nos separa:
mido por mi rencor vuestros rencores;
y correremos á la lid tan fieros,
como cuando quisimos cara á cara
disputar á Jehová los resplandores.
Si no yo os recordara
las heroicas hazañas,
que nos hicieran dueños y señores
de los hombres, al ángel servidores,
ya en fuerza del poder, ya de las mañas.
Ceden á nuestros genios vencedores
como al recio huracán débiles cañas;
y su infelice historia
nuestro poder publica y nuestra gloria.
Dejemos, pues, el ocio letargoso:
dejemos el sosiego,
(si tal puede llamarse este horroroso
arder sin fin en perdurable fuego):
en la extendida tierra
encendamos el hacha de la guerra;
y donde más se apure
el valor sea en Sión, de donde escrito
está que una ley nueva, un nuevo rito
saldrá que eterna por los siglos dure.
Allí los adversarios principales
están juntos orando,
y la ruina terrible preparando
del Tártaro y sus dioses inmortales.
Corramos, pues, volemós:
no haya fuerza ni ardid que no se mueva:
este precioso tiempo aprovechemos;
y cogerá los frutos el abismo
de la semilla, que en la frágil Eva
en el jardín de Edén sembré yo mismo.
¿Y quién, triste agorero,
osará presagiar triunfo ominoso
á Satán altanero,

y á su ejército fuerte y belicoso?
 Quédese aquí quien tema
 en el ocio sumido vergonzoso,
 y si el infierno entero cual problema
 ve la empresa y la cree tan arriesgada,
 quédese aquí también; que sin auspicio
 solo yo basto á conquistar el suelo:
 yo que insultar osé, la frente alzada,
 con la audaz tentación al Dios del cielo;
 yo que ordené su bárbaro suplicio;
 yo que supe inspirar la alevosía
 al discípulo infiel; yo que dictaba
 los sangrientos decretos á los jueces;
 que de furor armé la turba impía;
 que, cuando Cristo de la cruz colgaba,
 le hice del cáliz apurar las heces.
 Pero ¿temer? ¿á quién? ¿al débil bando
 de doce pescadores ignorantes,
 que pavoridos del suplicio infando,
 en su fe vacilantes,
 dejan cobardes al atroz cuchillo
 entregado el Maestro? ¿Su caudillo,
 que antes le defendió tan alentado,
 por veces tres no le negó cuitado?
 ¿El pueblo, los magnates, el partido
 seguirán del que impíos condenaron
 y en afrentosa cruz sacrificaron?
 ¿Seguirá el gentil, desentendido
 del culto que sus padres le enseñaron,
 y abrazará una ley tan misteriosa,
 que su razón sencilla
 mirará como absurda y fabulosa?
 Mas á la fe se humilla
 su espíritu; y ya adora,
 hincada la rodilla,
 la cruz del Redentor: llega la hora
 del placer, y natura le convida

á gustarlo sin freno ni medida;
 pero la nueva religión le ordena
 luchar sin fin con él; aquí la pena;
 la incertidumbre aquí, la apostasía:
 que su carne á tal yugo no avezada,
 ni á tan cruda porfía,
 renuncia de Jesús; y apresurada,
 su Ceres busca, que de henchido grano
 sus trojes llena; á Baco, que el sabroso
 vino le brinda con lasciva mano;
 y á Venus, que al gustoso
 deleite del amor dulce le llama,
 y de plácido ardor su pecho inflama.
 Mas ya el tiempo nos insta á la guerrera
 empresa: el enemigo
 en sus ruegos serviles persevera:
 y este es el fuerte escudo que al abrigo
 del triunfo lo pondrá, si no curamos
 de apresurar la lid. ¿A qué aguardamos?
 Esta mansión de luto y de tristeza
 dejemos; pruebe el mundo
 todo el poder del Orco furibundo;
 y vea en nuestra indómita fiereza
 Jehová, que de su ley siempre contrarios
 seremos y no viles tributarios.»
 Dijo Satán: tres veces execrable
 blasfemó del purísimo, adorable,
 santo nombre de Dios: la hueste impía
 su imprecación horrible repetía;
 y con maligna risa y algazara,
 con gestos espantosos,
 de su jefe celebra los dolosos
 discursos que entre llamas pronunciara.

Suspende ioh Musa! tu cantar divino;
 que para proseguir tan peregrino,
 tan sublime concerto,
 necesito tomar algún aliento.

CANTO II.

Salve mil veces, día fortunado,
 más puro, más brillante,
 que aquel en que luciera rutilante
 por la primera vez el sol dorado.
 Salve, montaña santa
 de Sión, más que el Sínai venerable,
 pues la ley sacrosanta
 viste grabada en piedra más durable.
 Salve, ciudad dichosa, cuya gloria
 durará eternamente,
 y respetada tu ínclita memoria,
 irá de gente en gente.
 Salve, pues la victoria
 el Dios Omnipotente
 contra Satán y su ominoso bando
 en tu feliz recinto dispusiera,
 cuando el creador Espíritu enviando,
 de su yugo libró á la tierra entera.
 Salve, en fin, y permite que refiera
 cómo el hecho se obró tan portentoso.
 Mas tú por mí, celeste Musa, dílo;
 que á asunto tan grandioso
 jamás podrá bastar mi humilde estilo.

El infernal congreso ya disperso,
 los ángeles rebeldes dividieron
 entre sí el universo.
 Los volcanes se abrieron;
 y entre el humo sulfúreo que salía
 por sus vocas ardientes, cavernosas,
 vomitan á la luz del claro día
 mil espectros de formas espantosas.
 Con furia desalada

corren bramando á la infeliz morada;
 como leones rugientes,
 afilando las garras y los dientes,
 cuando ven una grey abandonada.
 Al fuego que brotaban
 secábanse los ríos: los encumbrados
 montes ardían: los míseros ganados
 sin vida desmayaban
 al aliento letal que respiraban.
 En tanto los sonoros
 cantos suspenden en el almo cielo
 los angélicos coros,
 y abrasados en santo ardiente celo,
 y de sacro pavor sobrecogidos,
 aguardan de Jehová la voz tonante
 que castigue del príncipe arrogante
 los intentos nefarios y atrevidos;
 y ya Miguel desnuda
 la flamígera espada,
 que jamás embotada
 vióse en batalla cruda,
 dispuesto á aniquilar el negro averno,
 á una señal ligera del Eterno.
 Cuando bañado en luz inexplicable,
 vuelve el rostro inefable
 el Padre Dios al Verbo Sempiterno:
 «Hijo amado, le dice,
 causa de mis mayores complacencias,
 de la promesa que á los hombres hice
 llegó ya el cumplimiento: inteligencias
 desde hoy se tornarán: sobre ellos baje
 mi Espíritu Paráclito: el ultraje
 vengado quede de mi excelso nombre:
 sobre Satán tu cruz eterna impere:
 en ella viva el hombre;
 y la tierra en tu ley se regenere.»

Dijo el Padre: los recios aquilones
 con estrépito fuerte resonaron;
 las bóvedas celestes se rasgaron;
 el espíritu Dios raudo descende
 sobre los apostólicos varones;
 en su divino fuego los enciende;
 y el alcázar sagrado y eminente
 queda lleno de lumbre refulgente.
 Nunca suele tan súbita ahuyentarse
 del exorcista sacro á los conjuros
 la renegrada nube tempestuosa,
 como el angel oscuro, que al llegarse
 de Sión á los muros,
 divisó la morada luminosa.
 Mas, venciendo la audacia á sus temores,
 vuelve á Jerusalén: aquí su rabia;
 pues la estúpida grey de pescadores
 se ha convertido en elocuente y sabia.
 Todos son ya valientes oradores;
 ya sus redes no tienden
 á débiles é incautos pececillos,
 sino á miles de oyentes,
 que se quedan absortos cuando entienden
 sus discursos sublimes y sencillos,
 aunque son de regiones diferentes.
 Unos á otros se miran;
 del portento magnífico se admiran;
 y dicen entre sí: «¿De Galilea
 no son estos que anuncian
 las grandezas de Dios? ¿Cómo pronuncian
 tantas lenguas diversas? De Judea,
 de la Frigia, del Ponto, de Cirene,
 de todas las nociones aquí estamos:
 y todo lo que dicen entendemos.
 Algún alto misterio se contiene
 en aquesto; pues no nos acordamos
 de haber visto jamás lo que hora vemos.»

Inmóviles quedaban;
 y, del almo Paráclito movidos,
 algunos adoraban
 la cruz del Redentor. Mas, poseídos
 otros del mal espíritu, burlaban
 su crédulo candor y les decían:
 «ebrios están; el vino habla por ellos.»
 Mas con dóciles cuellos
 á Jesús se rendían
 cuando, á la voz de Pedro obediciendo,
 y sus pasos rigiendo
 los tullidos por sí su andar seguían
 entre himnos mil que gratos repetían.

Como al luchar de vientos bramadores
 los cedros corpulentos
 suelen mover sus ramos silvadores,
 azotando violentos
 contra la tierra sus nudosos troncos,
 con rechinidos ásperos y broncos,
 la rabia y el furor de esta manera,
 cuando mira cercana
 la ruina de su imperio tenebroso,
 combaten á la fiera
 bestia infernal, que insana,
 ya muerde el labio cárdeno espumoso;
 ya pateando la tierra la estremece;
 ya la crin serpentina hórrido mece.
 Mas no por esto muere la esperanza
 en su hondo pecho impuro;
 que cada vez más duro
 respira más rencor y más venganza:
 cual férvido torrente,
 que más redobla su ímpetu vehemente
 mientras peñas más gruesas se interponen,
 y en su arrogante curso se le oponen.
 Ya en humanal figura se transforma,

remedando de Anás el gesto y forma:
ya la grey santa arrastra la cadena
en la oscura prisión, á do su encono
injusto la condena.

Ya preside el Sanedrio; ya con tono
imponedor sacrílego la ordena
sellar el labio que á Jesús predica...
¿Sellarlo? ¡Oh insensato! ¿Acaso ignoras
que el Espíritu Dios por él se explica?

Oyelo, y tus traidoras
asechanzas confúndanse burladas.
«¿Al hombre obedecer será más justo
que á las eternas leyes, que intimadas
nos fueron por el mismo Dios augusto?»

Tal impávido Pedro pronunciando,
del tribunal nefando
se aparta y fervoroso
por las calles, las plazas, y el santuario,
pasa, anuncia, reprende, profetiza,
sana, convence, rinde; y victorioso,
tremolando la insignia del Calvario,
crea, reengendra, enciende y diviniza.

Grato el pueblo le llama
su genio tutelar, ledo le aclama.
Mas de Sadoc la impía
secta, inspirada de Satán malino,
nuevos hierros previno

á Pedro y á sus justos. Viene el día:
en la cárcel no están. ¿Dónde se fueron?
¿Cómo las cerraduras quebrantaron?
De lo alto descendieron
ángeles del Señor: los libertaron.

Allá en el templo están: allí derraman
del Espíritu Santo
á millares el fuego sacrosanto,
y millares en él luego se inflaman.

En tanto, la escamosa

cola azotando al uno y otro lado,
y la piel espinosa
erizando furioso y espantado,
á los suyos decía
el triste rey de la mansión umbría:
«Mucho nuestros rivales
adelantan, guerreros inmortales.
El cielo los defiende,
Jehová los patrocina,
su Espíritu los rige, los inflama.
En toda Sión se extiende
la voz de su doctrina,
que por todos se aplaude y se proclama.
Mas porque la divina
mano hácia ellos alarga el Invencible,
¿nosotros desmayar? La saña horrible
desfallecer del Orco tenebroso?
¿Aplacarse la furia inextinguible
de Satán indomable, rencoroso?
Si un Dios está con ellos,
¿otros miles de dioses no han jurado
encadenar sus miserables cuellos?
Y si ese Dios hasta hora no ha enseñado
do llega su insondable
depósito de bienes infinitos,
¿por ventura el abismo es calculable
de males que inventamos los precitos?
Todavía no se apura
de Satán el recurso postrimero:
llénelos, pues, de gracia y de ventura
su Dios, mientras dañero
llover sobre ellos hago
infortunios sin fin. Pues que el aciago
destino á mí y á vos no nos permite
tomar otro desquite:
ya que ni amar ni hacer el bien podemos,
en el mal sin descanso trabajemos.

¿Las funestas pasiones
se podrán numerar que el hombre encierra?
Y una sola es bastante, oh campeones,
bien manejada, á fenecer la guerra.
Os hablo del dolor: sólo su nombre
al mortal intimida:
sólo él hacer temblar pudo al Dios hombre:
su penetrante herida
siente la raza inmunda;
veremos si á la muerte furibunda
sabe sobreponerse; si al degüello
por esa nueva ley ofrece el cuello.»

Dijo el fiero: de plagas mil fatales
vense luego acosados
los fieles de Jesús: ya soterrados
míranse en calabozos funerales;
de su virtud en precio
reciben ya el tormento,
ya el azote sangriento,
ya el insulto, la burla y el desprecio.
Mas no por esto abjuran
de la adorada cruz. ¿Sus penas crecen?
Se alientan más, se alegran, se enervecen.
¿Ven el cáliz mortífero? Lo apuran.
El Paráclito Santo
en medio de ellos es; en sus temores
los conforta; mitiga sus dolores;
y enjuga aliviador su tierno llanto.
Con sus alas cobija á sus hijuelos:
como allá remontada en la alta esfera
el águila altanera
cuando saca á volar á sus polluelos.

Mas ¿dó, Satán altivo,
llenos de confusión los torvos ojos,
te escondes fugitivo?
¿Huyes, porque burlados tus e nojos,
te deslumbra la faz esplendorosa

de Esteban, que ascendido á la gloriosa
mansión á do jamás volver esperas,
cual otro Redentor perdón implora
de sus impíos verdugos? Tú sus fieras
manos armaste: tú la feliz hora
al justo apresuraste;
tú la obra comenzaste:
ven, complácete, mira
cómo durmiendo en Dios tranquilo espira.
Mira ya cuál se rasga el firmamento,
y el Espíritu Santo
lo eleva sobre el viento,
y el Hijo Sacrosanto
á su padre lo ofrece, que propicio
acepta su glorioso sacrificio.
¡En cuán honda tristeza, en luto cuánto
sumido yace el reino del quebranto!
Tus negros pabellones
abate ya, Querub vanaglorioso.
Mas ¿en Saulo animoso
el triunfo libras aun de tus legiones?
¿En él tu confianza?
Pues en él á morir va tu esperanza.

De la ley adorable la ruina,
respirando amenazas y rencores,
Saulo jura, y á Siria se encamina.
¡Ay de vosotros fieles servidores
del Dios de Nazaret! Saulo fulmina
sus iras contra vos y contra el cielo;
y á la naciente iglesia ver desecha
augura su fantástico desvelo,
cual diestro cazador que ávido acecha
al pajarillo que, recién nacido,
por la primera vez deja su nido,
para ensayar el inexperto vuelo.
De su cólera ciega

en vano libertarse solicita
 el varonil ó el sexo delicado.
 A do quiera que llega
 prende, persigue y á abjurar incita
 de la fé de Jesús crucificado.
 Fanático en su ley, lleno de aliento,
 en los escombros de la cruz medita
 levantar de su gloria el fundamento.
 Ya de Damasco las orillas pisa:
 sus torres elevadas ya divisa:
 ya arde en iras su pecho; ya prepara
 el formidable golpe; ya incitando
 al caballo espumante lo acelera . . .
 cuando una luz que la del sol más clara,
 como rayo sus ojos penetrando,
 súbito pára su veloz carrera:
 lo deslumbra, lo ciega lo derriba;
 y en la tierra postrado,
 el augusto mandato
 adora que le intima desde arriba
 el Espíritu Santo . . . ¡Tú has hablado,
 Espíritu divino! lel insensato
 furor de Pablo tu bondad merece!
 Sí, y en el libro eterno de los justos,
 entre tantos como hay nombres augustos,
 también de Pablo el nombre comparece.
 Tu fuego abrasador Pablo respira:
 ya no es aquel perseguidor furioso,
 sino un atleta fiel que sólo aspira
 á defender tu iglesia valeroso.
 Tú del apostolado le revistes;
 y en la visión sublime, que no vieron
 los ojos, ni las lenguas refirieron,
 tú le subes al cielo. Tú le asistes
 cuando recorre el Asia toda entera:
 cuando de Europa viene á las regiones
 y cuando confundiendo á la altanera

filosofía, rinde sus pendones
 á la fe de Jesús. Tú le consuelas
 en la prisión oscura; tú le alientas
 si hambres padece, si recibe afrentas;
 tú á su socorro vuelas,
 si el insolente pueblo amotinado
 insulta su virtud; y tú le inspiras,
 cuando toma la pluma entusiasmado
 contra las seducciones y mentiras
 de los falsos doctores; tú le exhortas
 cuando afirma á los fieles en su creencia;
 tuyo es su fuego, tuya su elocuencia.
 En fin, tú le confortas
 cuando deja el oriente
 para alcanzar la palma que anhelaba,
 muriendo por Jesús. Su celo ardiente
 por la predicación jamás se acaba:
 la tierra sí; que su ámbito termina
 primero que de Pablo la doctrina.

¿Qué es de Satán? Confuso y desesperado
 está en su honda guarida sepultado.
 ¿Y sus fieros secuaces qué se hicieron?
 ¿En dónde se ocultaron?
 También se despeñaron,
 y en el Tártaro fúnebre su hundieron.

Ya la tierra anchurosa
 es toda del Señor Omnipotente:
 su diestra poderosa,
 de fuego precedido refulgente
 á su Espíritu envió: ningún viviente
 de su calor se esconde inextinguible:
 con él quemó el escudo,
 y quebró el arco de Satán sañudo,
 y sus armas también: vióse terrible
 sobre todos los dioses: las naciones
 todas ven ya su gloria:

de su cruz presenciaron la victoria:
ya la adoran con tiernos corazones,
sus vanos simulacros, confundidas,
desprecian y se miran ya erigidas
aras inmaculadas,
do hostias cándidas son sacrificadas,
á par de nuevos cánticos que entonan.
No hay gentes ni regiones escondidas
á los héroes de Cristo: ellos pregonan
su triunfo, y por doquier el eco suena:
ni hay lengua que no entienda y aperciba
su voz que el orbe llena,
su voz que siempre enciende en llama viva.
Por los desiertos de la Libia ardiente,
por los pueblos flecheros,
del Septentrión al Sur, de Ocaso á Oriente,
de Jehová mensajeros,
corren, vuelan, enseñan, iluminan;
el sacerdote, el mago, el ignorante,
el filósofo, el príncipe arrogante,
oyen, aprenden, arden, vaticinan.
De las virtudes el virgíneo coro
ante ellos va risueño y presuroso,
y un siglo nacer hace venturoso
aun más que aquel feliz mentido de oro.
El rubor encendido,
la sencillez amable,
y la fe conyugal en lazo unido
se ven, que la concordia unió hermanable.
Hé al séquito triunfal y formidable
entrar en Roma altiva y opulenta;
hé al espíritu Dios, que el domicilio
fija en ella y la da perenne auxilio:
ya callaron sus vates;
descendieron al orco sus Penates;
y, poniendo la planta acá en el suelo,
alza la Religión su frente al cielo.

APENDICE